CAPÍTULO XIII

Viaje de Mlle. de Valois. — El duque de Módena. — El abate Servien. — Sentimiento de Mlle. de Valois. — Prohibición relativa á hablar de la bula Unigenitus. — Lo que era dicha bula. — Dubois arzobispo. — Misión de M. de Breteuil. — Mad. de Parabere y el regente. — Consagración de Dubois. — La Fillón.

Precisamente cuando iba á estallar la epidemia, Mlle. de Valois, aquella hermosa Carlota Aglae que tuvo la habilidad de desbancar á Mlle. de Charolais con el duque de Richelieu, y de hacer decaer de la estimación de su padre á Mad. de Berry, atravesaba Marsella para trasladarse á los estados de su esposo, el duque de Módena.

Hubo varias dificultades que vencer para decidir á la joven princesa á este casamiento, porque, como hemos dicho, amaba apasionadamente al duque de Richelieu.

Pero cabalmente era este el motivo por que deseaba el regente para ella un casamiento que la alejase de Francia. Ya se había tratado de establecerla con el príncipe del Piamonte; pero *Madame*, abuela de Mlle. de Valois, no queriendo que la reconviniesen por haber engañado á una amiga, escribió á la reina de Sicilia con quien estaba en grandes relaciones: « Os amo mucho, para que os haga un regalo de tan poco valor. »

El primer casamiento se frustró con no poca satisfacción de Mlle. de Valois, y con mucho sentimiento de su madre, porque dicha unión había sido uno de sus sueños dorados, alegrándose también el regente y Dubois, porque sabiendo que se trataba de quitar á la Cerdeña el reino de Sicilia, habían tolerado más bien que convenido en semejante enlace.

Por entonces fué cuando se comenzaron las negociaciones con la corte de Módena. El 28 de noviembre de 1719, llegó por el correo la noticia de que con sólo haber visto el retrato de la princesa, había quedado enamorado de ella el duque de Módena. Esto fué ya un triunfo.

Imputaban á aquél ciertos vicios y extravagancias tan comunes en aquella época, que los mismos que las tenían, no tenían reparo en confesarlas ingenuamente, como, por ejemplo, el abate Servien.

Permítasenos una palabra de este sujeto, ya que hemos pronunciado su nombre.

Era hijo del superintendente Abel Servien. Tenía un talento brillante, como casi todos los de aquel tiempo, pero sus costumbres eran tan depravadas como las de todos los de aquella época. Cierto día que la Academia recibió, según costumbre, á un sujeto mediano en ilustración, mientras que los hombres de altas dotes y conocimientos quedaban excluídos de la docta asamblea, el abate Servien quiso asistir á la junta de recepción, pero no pudo conseguirlo por la mucha gente que había.

— Parece, dijo al retirarse, que es aquí mucho más difícil entrar á ver que ser recibido de académico.

Otro día, estando en la Ópera (y esto nos recuerda

al duque de Módena), le pisó varias veces el pie á un joven, quién asiéndole del cuello, le dijo:

— ¿Pero qué es lo que me quiere este cura sodomita?

— Señor, respondió Servien, con la mayor cortesanía, yo no tengo el honor de ser cura.

El duque de Módena era tan depravado en sus vicios (según decían) como el abate Servien, y como Mlle. de Valois, había adquirido tanta prevención á las costumbres desmoralizadas de aquella juventud, tenía horror al matrimonio.

« Antes de ayer (dice la princesa Palatina en sus memorias) vino á Saint-Cloud Mlle. de Valois con su madre, para participarme que habían recibido la correspondencia, y por cierto que tenía los ojos arrasados en lágrimas, y una profunda tristeza. El gran prior, que es también general de las galeras, acompañará á su hermana á Italia. Afirman que, al ver solamente el retrato de mi nieta, el duque de Módena quedó enamorado de ella. Esto me admira, porque no he hallado nunca en Mlle. de Valois, ni gran hermosura, ni gracia. Su nariz de gavilán, á mi parecer, lo echa todo á perder. Tiene las piernas largas, el cuerpo grueso y el talle corto; y por su modo de andar, se conoce que no ha aprendido á bailar. *Aun si las prendas interiores valiesen más que las exteriores, todo podría pasar; pero tiene tanto del padre como de la madre, y esto es lo que me disgusta en ella.* »

Bien se echa de ver que la princesa Palatina no mimaba ni á su hijo, ni á su nieta.

Un poco más adelante añade:

« Ha llegado el regalo de Módena. No consta de muchas piezas. Consiste en una grande joya para la novia, con hermosos diamantes, y en medio el retrato del príncipe; pero está muy mal sacado. Esta fineza se presentará cuando se firmen los esponsales y el contrato ante el rey. La ceremonia se verificará el 11 de febrero de 1720.

« El lunes por la mañana se echará la bendición nupcial, y el jueves se marchará Mlle. de Valois. En mi vida he visto una novia más triste. Hace tres días que ni come, ni bebe, ni se la secan los ojos. »

Antes de irse Mlle. de Valois, quiso ir á Chelles ás ver á su hermana.

La princesa Palatina hizo todo lo posible para evitar esta visita, diciéndola que había sarampión en la abadía, y que si iba, exponía su vida.

— Tanto mejor, respondió Mlle. de Valois, eso es lo que deseo.

Efectivamente adquirió el sarampión y estuvo muy mala, pero á pesar de eso, bendijo la enfermedad, porque retardaba su matrimonio.

En fin, fué preciso decidirse á marchar. El 20 de marzo, acompañó el regente á su hija á casa de su abuela la princesa Palatina. Allí bañada en lágrimas, cogió las manos de la anciana *Madame*, las besó y las estrechó contra su corazón; á pesar de que sabía muy bien que *Madame* no la quería, pero en el momento de su marcha, Mlle. de Valois olvidó tódos sus resentimientos.

Por último, llegó el día señalado para su marcha, y fué preciso obedecer.

El duque de Módena había de ir á Génova de incógnito.

Allí era donde estaba determinado que se verificase la primera entrevista de los desposados.

Mlle. de Valois se detenía cuanto podía. Desde Lyon, remitió una arenga grotesca que la había dirigido un

cura, y que se celebró mucho en la corte. Al propio tiempo, pedía licencia para ver la Provenza, Tolón y la Sainte-Beaume. Quería verlo todo la pobre princesa, menos á su marido.

En fin, viajaba con tanta lentitud, que su esposo se impacientó de aguardar tanto tiempo. El regente se incomodó y mandó á su hija que se embarcara sin más dilación.

El embarque se verificó en Antibes.

Sin embargo, después de la primera entrevista se recibieron cartas de la princesa, manifestando que le había parecido el príncipe de Módena mejor de lo que creía, y *que esperaba que se acostumbraría á él.*

Había mucha diferencia entre lo que dejaba Mad. de Valois y lo que iba á poseer, como lo atestiguan los versos siguientes, que circularon cuando su marcha;

Con un pequeño príncipe me caso,
Dueño de tres estados tan pequeños,
Que cuatro de ellos juntos no equivalen
Á una sola provincia de este reino.
Allí el que del amor es halagado,
Es el que hace al revés al fin su intento.
No hay juego allí; las rentas son mezquinas.
¡ Gran Dios! qué diferencia tan á extremo
Hay de ese *lugar triste* adonde marcho,
Hasta el Richelieu que aquí me dejo.

Mientras que Mad. de Valois procuraba habituarse á su marido, firmaba el rey una disposición que causaba mucha novedad.

Y era la de prohibir que nadie hablase, afirmara ni divulgara cosa alguna contra la constitución *Unigenitus*

Más de una vez hemos hecho mención de dicha constitución *Unigenitus*. Procuraremos decir en pocas

palabras lo que era ésta. La explicación no será divertida, razón por la que la hemos retardado, pero ya no podemos diferirla, y es fuerza que la expliquemos.

La bula *Unigenitus*, databa desde el reinado de Luis XIV, fué hecha por el papa Clemente XI, que la creó en 1706.

Declaraba la supremacía del papa en los obispos; fundándose en que aquél procedía de Jesucristo, y que los demás prelados dependen del soberano pontífice.

Dicha bula estaba en contradicción, sobre todo, con cierto libro publicado uno ó dos años antes por el padre Quesnel, que era cabeza del partido jansenista, cuyo libro titulado: *Reflexiones morales sobre el Nuevo Testamento*, sostenía, por el contrario, que los obispos descienden directamente de Jesucristo.

M. de Noailles y ocho obispos jansenistas y amigos del padre Quesnel, atacaron la bula, demostrando que, según el texto claro y terminante del Evangelio, dimanaba su autoridad, no del soberano pontífice, sino de Jesucristo.

No sabían en aquella época como divertir á Luis XIV, y lo entretuvieron con esta disputa.

No tardó la Francia toda en dividirse en jansenistas y molinistas. La palabra jesuíta se refundió en esta última voz.

Al morir el rey se acordó de las persecuciones que hizo sufrir á los jansenistas, y no permitió que el cardenal de Bissy tomara la última disposición contra el jansenismo.

— He hecho cuanto he podido para poneros en paz, no lo he conseguido, ruego á Dios que os la conceda.

Algún tiempo antes de su muerte, remitió Luis XIV al papa este negocio, pidiéndole una constitución ó

estatuto que impusiese severos castigos á las doctrinas del padre Quesnel, sostenidas por M. de Noailles, ofreciéndolo la entera obediencia del clero francés á sus mandatos. El papa lanzó la constitución que se le había pedido, pero el clero francés, lejos de obedecerla ciegamente, como prometió Luis XIV, hizo una terrible oposición, tanto más fuerte, cuanto que procedía, desgraciadamente para el papa y el rey, de los hombres más eminentes por sus virtudes y su ciencia.

Falleció el rey, como se ha dicho, sin que tan gran cuestión se terminase, de manera que en el reinado de la regencia recuperó más fuerza que nunca.

El partido de Mad. de Maine, del duque de Villeroy, de Besons, de Bissy, y aun de Dubois, que aspiraba al cardenalato, se declaró á favor del papa.

La Sorbonne y cuatro obispos, al ver amenazada la independencia de la iglesia galicana, pidieron un concilio general.

Entonces fué cuando, según hemos referido, prohibió el regente que se hablara, escribiese ó publicase cosa alguna contra la bula *Unigenitus*.

De repente, y en medio de todo este escándalo religioso, estalló otro mucho mayor.

Dubois tenía puestas sus miras en el cardenalato; M. de Tencin no fué enviado á Roma más que para allanar el camino. Desde el año de 1718, el pretendiente, desterrado allí, en donde se moría de hambre, había ofrecido el capelo de cardenal á Dubois, siempre que le pagasen la pensión que el regente le había señalado. Pero Dubois calculó que, si aceptaba el capelo de mano de Jacobo III, se desacreditaba para con el rey Jorge; así es que lo rehusó, pero conservando la carta para hacer uso de ella oportunamente.

En el ínterin, vacó el arzobispado de Cambray, por

muerte del cardenal [illegible]nouille. Producía éste ciento cincuenta mil libras, y además era un gran escalón para la púrpura.

Creyó Dubois que era aquel el momento de utilizar la carta que tenía del pretendiente, y la remitió á Nericault Destouches, el encargado de negocios de Inglaterra, encargándole que enseñara la citada carta al rey Jorge, suplicándole al mismo tiempo que le recomendase al regente á dicho Dubois, autor de la cuádruple alianza, para el susodicho arzobispado.

Destouches se presentó en audiencia, entregó al rey Jorge la carta del pretendiente, y expuso á su majestad la petición de Dubois.

El rey Jorge se echó á reir.

— Señor, dijo Destouches, conozco tan bien como V. M., lo ridícula que es semejante solicitud, pero si tengo tanto interés en que salga bien, es en razón á que si se consigue, está hecha mi suerte, y si por el contrario tuviese mal éxito, estaba perdido.

— ¿ Pero cómo quieres, respondió el rey, que un monarca protestante se entremeta en hacer que se nombre un arzobispo de Francia? ya ves que el regente se burlaría de la recomendación y la despreciaría.

— Permitidme, señor, replicó Destouches, es cierto que el regente se reirá, pero la considerará; en primer lugar, por respetos á V. M., y en segundo porque le hará gracia el asunto.

— ¿ Lo quieres tú ? preguntó el rey.

— Sí, señor.

— Dame pues.

Y firmó la recomendación, que á todo evento, tenía prevenida Destouches, y que aquel mismo día se diri-

gió al regente, dando al propio tiempo aviso á Dubois de su envio.

El día siguiente del que el regente debió recibir la recomendación del rey Jorge, se presentó Dubois sonriéndose al levantarse el duque de Orleáns.

— ¿ Qué tienes, y de qué procede ese buen humor ?

— A fe mía, monseñor, de un gracioso sueño que he tenido.

— ¿ Y qué has soñado ?

— Soñé que me habíais conferido el arzobispado de Cambray, que está vacante.

— Por Dios, abate, dijo el regente, volviéndole las espaldas, confiesa que tienes unos sueños bien ridículos.

— Toma, ¿ y por qué no había yo de ser arzobispo como otro cualquiera ?

— Con que lo dices con formalidad.

— Muy formalmente, monseñor.

— Pues bien, abate; he aquí mi respuesta : no soñaste esta noche, ahora es cuando sueñas.

Y segunda vez le volvió las espaldas.

El abate se anticipó, por un día solo, al pliego del rey Jorge dirigido al regente, que se retardó, y no llegó hasta la noche.

Al día siguiente se presentó Dubois como la víspera.

— Y bien, monseñor, ¿ en qué quedamos con respecto á ese arzobispado de que os hablé ayer ?

— Escucha, dijo el regente, me sorprendiste mucho al ver lo que deseabas ; pues bien yo te voy á sorprender mucho más concediéndotelo.

Dubois cogió la mano al regente y se la besó.

— Aguarda, le dijo, que no hemos concluído, ¿ en

dónde diablo has de encontrar un b..... consagrado, que consagre á un b..... como tú ?

— ¡ Oh ! exclamó Dubois, si no estriba más que en eso, es negocio concluído, yo sé quien me consagrará, y el que lo ha de hacer no está muy lejos de aquí.

— ¡ Ah ! juro á bríos; quisiera saber el nombre de ese valiente.

— En cuanto á eso, monseñor, puedo satisfacer vuestra curiosidad, se llama M. de Tressan, y es vuestro primer limosnero.

Y efectivamente, al cabo de cinco minutos, volvió á entrar el abate, acompañado del obispo de Nantes, que, conforme lo había indicado Dubois, estaba pronto á todo.

No obstante, una cosa ocupaba la imaginación de Dubois al tiempo de recibir las órdenes.

Dubois nos acordamos que era casado. Si se pedía el divorcio á Clemente XI, contando con obtener de él más adelante un capelo de cardenal, era complicar su situación; y Dubois creyó que lo más corto y fácil era que desapareciesen las pruebas de su matrimonio.

Confió este obstáculo á M. de Breteuil, intendente de Limoges. Lisonjeado éste con poder servir á un hombre de quien dependía su bienestar, recibió de Dubois todos los datos necesarios relativos al nombre de la mujer, el del pueblo en donde se contrajo el casamiento, en una palabra, del día y año del expresado enlace.

Bien provisto de todos los pormenores, M. de Breteuil se puso en movimiento, y tomó tan bien sus medidas, que llegó á deshora de la noche al pueblo en donde se había celebrado el matrimonio, y se apeó en casa del cura párroco sucesor del que casó á Dubois : éste, al que M. de Breteuil pedía amistosamente hos-

pitalidad, ufano de recibir en su casa al intendente de la provincia, todo lo trastornó poniendo lo de arriba abajo en su rectoría. Se siguió una cena que halló excelente M. de Breteuil, y á su parecer fueron exquisitos sobre todo los vinos de su huésped. Resultó que se sucedieron las libaciones, con harta celeridad, por parte del señor cura á lo menos, porque al llegar á los postres no tenía aquél la vista muy clara. Entonces M. de Breteuil, volviendo á tratar de los quehaceres del bueno del cura, dijo que no dudaba que sus libros de registro estarían en orden; pero que no obstante no le disgustaría que se los enseñará, para ver la forma en que los llevaba. El cura, muy seguro de que estaban al corriente, se levantó y trajo sus registros, que colocó al lado de M. de Breteuil, que difirió el examen hasta después de vaciar la primera botella; se destapó ésta, pero cuando se acabó, los ojos del cura que estaban ya turbados, se cerraron completamente. Lo que visto por M. de Breteuil, buscó en el registro el año del casamiento; lo halló, y en seguida al acta, que arrancó y se la metió en el bolsillo; acto continuo, y como era en la apacible estación del verano y la aurora asomaba, despertó M. de Breteuil á la criada, la regaló algunos luises, encargándola que diera en su nombre las gracias al señor cura y marchó.

La jugada se hizo por lo tocante al acta del casamiento.

Quedaba el contrato matrimonial.

M. de Breteuil se encargó también de dar este paso difícil.

El escribano que lo extendió, hacía veinte años que había muerto; se mandó llamar á su sucesor, dándole á escoger entre una suma de cincuenta mil libras ó una prisión perpetua.

No vaciló el notario, entregó la nota original á M. de Breteuil, que la unió al acta; ambos documentos se remitieron al instante á Dubois, los que hizo mil pedazos.

Por último, para que no le quedase ningún recelo al nuevo arzobispo, M. de Breteuil envió á buscar á Mad. Dubois, y en los mismos términos que usó con el notario, la dió igualmente á escoger ó la misma cantidad de cincuenta mil libras, ó la cárcel perpetua. Tomó aquélla el dinero, prometiendo guardar en lo sucesivo el mismo silencio que había observado hasta entonces.

Todo quedaba arreglado del mejor modo posible.

El abate deseaba con ansia ordenarse.

Se dirigió al cardenal de Noailles, de quien esperaba tener tan buen resultado como de M. de Tressan, pero sin altanería, sin afectación ni escándalo, se negó lisa y llanamente el cardenal, sin que valieran las promesas ni amenazas á que desistiera en este punto.

Fueron entonces á M. de Busons, hermano del mariscal, á quien trasladaron del arzobispado de Burdeos al de Rouen; éste estuvo más complaciente que el cardenal de Noailles, y dió las licencias necesarias para que Dubois recibiese las órdenes en el gran vicariato de Pontoise que corresponde á la diócesis de Rouen.

Dubois, so protexto de los grandes negocios que tenía á su cargo, consiguió un breve, para poder recibir todas las órdenes á la vez. — Fué, pues, una mañana á la iglesia parroquial del gran vicariato de Pontoise, en donde el señor obispo de Nantes, según se había obligado, le confirió en la misma misa rezada, el subdiaconato, el diaconato y el sacerdocio.

El abate Dubois estaba ya de vuelta á la hora del consejo.

Ordenado ya, se trató de la consagración, cuyo acto había determinado Dubois que fuese con toda la magnificencia posible.

La víspera del día en que tamaño escándalo se había de verificar, el duque de Saint-Simón, se fué á ver al regente, y le suplicó que no asistiese á la ceremonia, prometiéndolo el duque de Orleáns con todo su corazón, porque así le sacaban de un gran apuro.

Desgraciadamente para M. de Saint-Simón, el diablo, en figura de Mad. de Parabere, se mezcló en el negocio, y echó á perder tan bella combinación.

La noche antes de la consagración, Mad. de Parabere, que había cenado en confianza y á solas con el regente, se quedó en el palacio real.

— Á propósito, monseñor, le preguntó, ¿ asistiréis mañana á la consagración de ese miserable de Dubois?

— No, mi apreciable cuervecillo, respondió el regente.

— Y ¿ por qué no vais, monseñor ?

— Porque así lo he ofrecido á Saint-Simón.

— ¡ Qué diablo ! dijo Mad. de Parabere, con un gesto de disgusto.

— ¡ Y bien ! preguntó el regente, ¿ crees tú que hice mal en prometerlo ?

— No, tuvisteis razón, pero no importa, iréis.

— ¿ Á la consagración de Dubois ?

— Sí : á la misma.

— Loca.

— Seré loca, pero iréis á la consagración.

— Pues yo te digo que no iré.

— Vaya, que habéis de ir, insistió Mad. de Parabere.

— ¡ Pues es cosa bien rara! replicó el regente, convienes en que tengo razón en no ir, y quieres que vaya.

— Sí, lo quiero.

— Y ¿ por qué ?

— Porque.....

— Porqué, porqué, eso no significa nada, se dice el motivo.

— Tengo uno.

— Dilo pues.

— ¿ Queréis saberlo ?

— Redondamente.

— Pues bien. Hace tres ó cuatro días que ese gracioso Dubois y yo tuvimos una contienda, que todavía no se ha acabado del todo. Él, que tiene espías hasta en vuestra antecámara, sabrá que hemos estado juntos; si mañana no vais á su consagración, no dejará de creer que soy yo la que tiene la culpa, y nadie se lo quitará de la cabeza. No me lo perdonará, y os dirá de mí cien enredos y perversidades que concluirán por malquistarnos. Pues eso es lo que no quiero yo, y por lo mismo, monseñor, iréis á la consagración.

Y efectivamente, el duque fué al dejar á la Parabere, *para que el día se pareciese en todo á la noche anterior*, como dice Duclos.

Todos los que tomaron una parte activa en favor de este asunto fueron recompensados.

Á Nericault Destouches le nombraron miembro de la Academia, á pesar de las tres ó cuatro famosísimas comedias que compuso. Á M. de Breteuil, secretario de Estado y de la Guerra en lugar de Leblanc.

En fin, el obispo de Nantes logró la supervivencia de M. de Besson, que no le hizo esperar mucho.

Al siguiente día de la consagración, la Fillón (no se habrá olvidado que fué la ilustre mediadora que, con

el dignísimo escribiente Juan Bubat, descubrió la conspiración de Cellamare, que tenía entrada franca para ver al príncipe, á menos que estuviese en consejo, se presentó en su casa y hallándole con el abate:

— Monseñor, le dijo, tengo que pediros una gracia que formaría el orgullo y la dicha de mi vida.

— ¡ Ah! ¡ Ah! Mal haya! dijo el regente, ¿ eres tú? dí que quieres.

— La abadía de Montmartre, respondió la Fillón.

El regente y Dubois rompieron en una carcajada.

Pero encarándose ella á Dubois:

— ¿ Por que te ríes tú, compadre ? le dijo. Felipe bien te ha hecho arzobispo, á ti que has hecho siempre el oficio de tercero; ¿ por que no me había de hacer abadesa, á mí que ejerzo igual empleo?

El regente convino en que tenía ella razón, y la dió una gratificación de cien luises para que renunciase á sus pretensiones.

Por lo que respecta al reciente arzobispo, le regaló el regente con motivo de su nueva dignidad, un anillo pastoral que valía más de cien mil libras.

Después le nombró plenipotenciario en el congreso de Cambray con los señores de Morville y de Saint-Contest.

CAPÍTULO XIV

Estado de la hacienda después de la caída del sistema. — Sala de justicia. — Venta de los bienes de Law. — Proceso del duque de La-Force. — Caída y muerte de Argensón. — Odio del pueblo de París al difunto. — Conti es nombrado papa. — Dubois es nombrado cardenal. — Su humildad. — Enfermedad del rey. — Helvetius. — Alegría del pueblo. — Primeras tentativas de la inoculación. — La palabra de casamiento entre el rey y la infanta de España, y entre Mlle. de Montpensier y el príncipe de Asturias. — M. de Saint-Simón embajador en España. — Cartouche. — Su prisión. — Su muerte.

Derribado el sistema de Law, y fugado éste, preciso era tratar de que las cosas volvieran al estado que antes tenían.

Lo primero que se hizo, fué crear una sala de justicia, con las mismas funciones, poco más ó menos, que las que tenía la que se estableció para los arrendadores de las rentas á principios de la regencia.

La investigación versaba sobre quinientos ó seiscientos millones de acciones que, según decían, se habían emitido sin la real autorización.

Ínterin que dicha sala estuviese en estado de funcionar, se dió primeramente una satisfacción al pueblo, enterándole con anticipación del pensamiento de descubrir los agios que se hubiesen hecho.